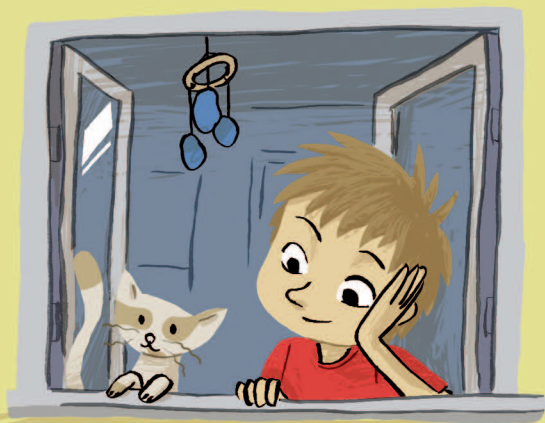


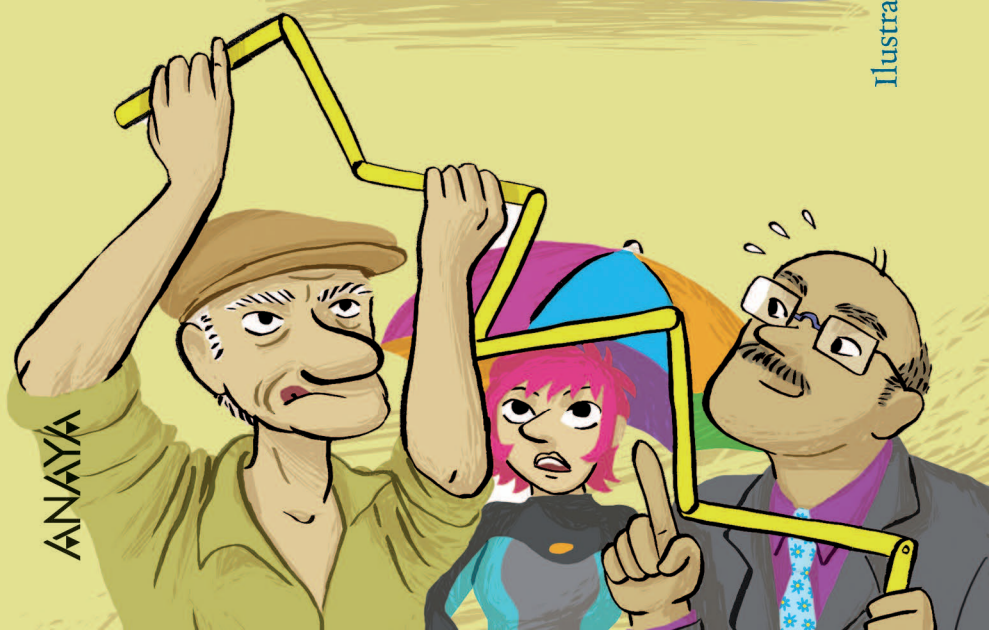
IV PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2013

Treinta y tres días antes de conocerte

Paloma Muiña



Ilustraciones de Cinta Villalobos



Esta obra ha sido galardonada con el IV Premio de Literatura Infantil «Ciudad de Málaga» 2013, convocado por el Ayuntamiento de Málaga en colaboración con Anaya y coordinado por Antonio A. Gómez Yebra, quien formó parte del jurado junto a Concha López Narváez, Pedro Mañas Romero, Pablo Aranda y Pablo Cruz.



**Ayuntamiento
de Málaga**
Área de Educación

© Del texto: Paloma Muiña, 2013
© De las ilustraciones: Cinta Villalobos, 2013
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2013
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayaintantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, octubre 2013

ISBN: 978-84-678-4011-7
Depósito legal: M-25131-2013

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

IV PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2013

Treinta y tres días antes de conocerte

Paloma Muiña

Ilustraciones de Cinta Villalobos



ANAYA

*A Manena, porque deja que
la franqueza gane a la prudencia;
y a Rocío, que me muestra
el amanecer a través de la persiana.*
Paloma Muiña

Para Cinta G. y Mario.
Cinta Villalobos

1

PASTEL O BIZCOCHO

Treinta y tres días antes de conocerte yo vivía bastante feliz. No es que fuera la alegría de la huerta, pero bueno: estaba de vacaciones, no me había quedado nada para septiembre, tenía la tele, la play...

Eso es lo que me llama siempre mi madre:

—Mírale, la alegría de la huerta.

Lo dice por fastidiar, porque me río poco y porque odio los guisantes. Pero eso no quiere decir que esté triste. Ni enfadado. Ni aburrido. Estoy. La mayoría de las veces, estoy.

Tú no estabas, sin embargo. Estaban tus padres, tu gato, tu césped, que ame-

nazaba con tragarse al nuestro, y ese hermano tuyo que no hay quien vea.

El caso es que mi madre me llamó aquel día desde la cocina y me dio un bizcocho. Olía de muerte.

—Toma, pásaselo a los vecinos de al lado, que son nuevos.

Yo la miré alucinado un buen rato. Sé que a ella le molesta mucho que haga eso, pero es que algunas frases de mi madre tienen poderes: me convierten en un muro.

—¿Para una vez que haces un bizcocho no me lo puedo comer? —reaccioné por fin.

—Jaime, no empieces...

—¿Y qué les digo?

—Pues que bienvenidos, y que les hemos hecho un pastel.

—Un bizcocho.

—Vale, un bizcocho.

—Bueno, pero ¿a cuento de qué les hemos hecho un bizcocho?

—Ya te lo he dicho, porque son nuevos.

—O sea, que si llevaran viviendo aquí diez años y fueran tus amigos, no les harías un pastel, digo un bizcocho, pero como son nuevos y no los conoces de nada, cocinas para ellos. Y yo, que soy tu hijo, y...

—JAIME, BASTA.

Total, que tuve que ir a tu casa y llamar al timbre. Me daba una vergüenza horrible, porque me parecía absurdo estar allí, con aquella tartera caliente. No tenía ni idea de qué decir.

Llamé otra vez. Se oían ruidos dentro de la casa, pero no venían a abrirme. Me entretuve mirándome las uñas de las manos, que estaban un poco sucias.

Y llamé de nuevo.

Un rato después ya no estaba avergonzado, solo aburrido.

Entonces apareció Lengua, tu gato. Sí, ya sé que sabes cómo se llama tu gato, pero yo entonces no lo sabía. Para mí era un gato feísimo (no te enfades, es verdad que es feo), con los bigotes arrugados y la cara llena de manchas. Salió de algún

rincón y empezó a restregarse contra mis piernas.

Casi me muero del susto. Por eso grité.

Lengua maulló, me miró muy ofendido y se fue.

Y tu madre abrió la puerta.

Estaba allí, con el pelo fucsia, un bañador de flores y un martillo en la mano.

—¿Has gritado? —fue lo primero que me dijo.

Asentí con la cabeza y el bizcocho asintió conmigo.

—Oh, qué bien huele eso. ¿Es para mí?

Volví a asentir con la cabeza. Ella pegó un gritito, cogió la tartera de mis manos y salió corriendo al interior de la casa. La vi alejarse con el trasero gordote y lleno de flores y pensé que parecía un jardín mirado con ojo de pez. Y entonces empecé a oír más gritos y exclamaciones. Y como estaba cansado de esperar en la puerta, decidí marcharme. Total, ya estaba el encargo hecho...

Y un segundo después, no sé por qué, estaba dentro.

Tú dirás que fue tu hermano, que me cogió del pescuezo y me arrastró por aquel pasillo largo hasta la cocina donde todos rodeaban el bizcocho de mi madre pegándose codazos. Yo creo que fue pura curiosidad. El caso es que ahí estaban el abuelo, tu padre, tu madre, el gato Lengua y la tele Sarita. Tu madre lo cortaba en porciones y las colocaba sobre platos de distintos tamaños y colores.

—¿Quieres un poquito? —me dijo de pronto tu padre, es decir, un señor calvo con gafas, bigote, traje y corbata de lunares morados.

Yo me quedé mirando su corbata, porque pensé que hacía mucho calor para estar así vestido, y luego miré el plato, porque junto a la porción de bizcocho que me ofrecía había tres fideos secos. Supongo que estaban en el plato antes que el bizcocho de mi madre. Él insistió:

—¿De verdad que no quieres? ¡Si te ha salido riquísimo! Tiene limón, ¿a que sí? Y canela, noto canela... —añadió, relamiéndose el bigote.

—No lo he hecho yo —murmuré.

Entonces todos se dieron la vuelta y me miraron con los ojos como platos.

—¿Y quién eres tú? —preguntó el abuelo, muy serio.

Qué vergüenza. O qué miedo. No sabía bien qué sentir mientras todos ellos me miraban con esos ojos gigantescos. Parecía que hubiera soltado una barbaridad de lo más bárbara.

12

—Jaime —susurré.

Y de pronto, como si hubiera pulsado un botón, todos apagaron el asombro, sonrieron y dijeron: «Ah, hola, Jaime». Y siguieron comiendo. Así, hasta que no dejaron una migaja.

Bueno, si tengo que decir toda la verdad, había un trozo que nadie había tocado: estaba delante de la tele, colocado en un platito de flores moradas, junto a una servilleta. La tele estaba encendida, había una película en blanco y negro y, en ese momento, una señora con pinta de antigua cantaba y bailaba dando palmas.



—Sarita, ¿no comes? —le dijo el abuelo a la tele.

Por supuesto, ni la tele ni la señora que había dentro cantando contestaron. Pero él siguió hablando:

—Está bien, ya me lo como yo. Pero luego no te quejes de que estás muy delgada...

Y se marchó por el pasillo con el plato de flores.

14

En realidad, todos se habían marchado. Supongo que tu hermano también.

De pronto estaba solo en la cocina, así que decidí irme. Estaba un poco aturrido; no tenía muy claro lo que había ocurrido. Por eso, cuando llegué a casa y mi madre me preguntó:

—¿Qué te han dicho los vecinos?

Yo le contesté:

—Creo que a la señora de la tele no le ha gustado tu bizcocho.

Y mamá se enfadó.